

difficil por satisfacerlas, me hacen sentir la importancia de ellas con bienes suficientes para un mediano pasar. Sin éstos me es cosa fácil para un hombre público el ser honrado; es casi imposible que se le crea así. Me encuentro colocado en una situación en que sólo puedo subsistir de dos modos: estando empleado y con el trabajo de mi pluma... La idea de llegar a ser un albañón de librero, de tener que escribir no para aliviar la mente lo que la llena, sino el vacío del bolsillo; de tener que aguijonear una imaginación fatigada hacia un esfuerzo que le repugna; de tener que llenar pliegos tan sólo para llenarlos; de tener que oír los editores lo que Dryden tuvo que aguantar de molestias de Thomson, y las que yo sé que sufrió Mackintosh y Lardner, me causa horror. Y no obstante, así tendría que permanecer en el empleo tan sólo por el sueldo.»

El efecto fué que Macaulay obtuvo y llenó honrosamente un empleo en la India, regresando con suficientes medios, lo que le puso en estado de escribir su célebre *Historia de Inglaterra*.

CAPITULO V

VALOR — SUFRIMIENTO

Pear to do base unworthy things, is valour;
If they be done to us, to suffer them
Is valour too.—BEN JONSON (1).

Give me no light, great Heaven, but such as turns,
To energy of human fellowship;
No powers beyond the growing heritage
That makes completer manhood.

GEORGE ELIOT (2).

Not alone when life flows still, do truth
And power emerge, but also when strange chance
Affects its current; in unused conjuncture,
When sickness breaks the body—hunger, watching,
Excess, or langour—often death's approach—
Peril, deep joy, or woe.—ROBERT BROWNING (3).

El valor es una cualidad que todos los hombres se complacen en honrar. Es la elevada manifestación de la energía en todas las circunstancias de la vida. Es la voluntad perfecta, a la cual ningún terror puede conmover o desalentar. Si el caso lo requiere, puede poner a uno en aptitud de morir por el cumplimiento de su deber.

¿Quién puede pronunciar una palabra en elogio de la cobardía? ¿No la condena la conciencia universal? El cobarde es bajo y enervado. No tiene el valor de sus opiniones. Se halla dispuesto a convertirse en esclavo. «Arrojamos la mitad de nuestra virtud—dice Homero—cuando un hombre se hace esclavo»; y «la otra mitad—añadía el doctor Arnold—se desprende cuando se convierte en esclavo».

No obstante, hace falta valor para tratar con un cobarde. Un joven atolondrado, que se enojó con sir Felipe Sidney, a quien trataba de provocar para pelear, llegó hasta escupirle al

(1) El miedo de realizar acciones bajas e indignas, es valor; y si nos son hechas, también es valor caberlas soportar.—BEN JONSON.

(2) No me deis otra luz, ¡Cielo grandioso!, que aquella que conduce a la energía del compañerismo humano; ningún poder, más allá de la herencia creciente que hace más completa a la naturaleza humana.—GEORGE ELIOT.

(3) No es solamente mientras la vida corre tranquila, cuando surgen la verdad y el poder, sino también cuando una circunstancia extraña afecta su corriente; en ocasión inusitada, cuando la enfermedad quebranta el cuerpo—el hambre, las vigillas, el exceso, el decaimiento—con más frecuencia la aproximación de la muerte—el peligro, la profunda alegría o el pesar.

ROBERTO BROWNING.

rostro. «Joven—dijo sir Felipe—, si pudiera lavar vuestra sangre de mi conciencia, tan fácilmente como puedo lavar de vuestro rostro este insulto, os quitaría la vida en este mismo momento.» Esto era noble valor. Es una lección para cualquiera : como llevar y como conllevar.

El hombre valiente es un ejemplo para el intrépido. Su influencia es magnética. Crea una nobleza contagiosa. Los hombres le siguen hasta la muerte. No todos los hombres que llegan a alcanzar éxito son siempre dignos de estimación. Los hombres que fracasan por un tiempo continúan ejerciendo una poderosa influencia sobre su raza. El caudillo de la esperanza perdida, puede caer en la orilla, mas su cuerpo proporciona el puente sobre el cual penetrarán los vencedores en la ciudadela.

El mártir puede perecer quizá en la contienda, pero la voluntad por la cual muere puede recoger nuevo esplendor de su sacrificio. El patriota podrá poner su cabeza sobre el tajo, y apresurar el triunfo de la causa por la cual sufre. La memoria de una gran vida no sucumbe con la vida misma, sino que vive en otros espíritus. Parecerá que los vehementes y entusiastas arrancan vanamente sus vidas ; pero los hombres perseverantes prosiguen la lucha, y penetran, y toman posesión del terreno en que duermen sus predecesores. De ese modo puede ser que lleguen tarde el triunfo de una causa justa, pero cuando llega se debe tanto a los hombres que han fracasado como a aquellos que han tenido éxito.

Toda obra grande en el mundo, ha sido llevada a cabo por el valor. Todos los beneficios que disfrutamos—seguridad personal, libertad individual y libertad constitucional—han sido alcanzados por medio de largo aprendizaje en el mal. El derecho de existir como nación sólo se ha realizado a través de los siglos de guerras y de horrores. Fueron necesarios cuatro siglos de martirio para establecer el Cristianismo, y un siglo de guerras civiles para implantar la Reforma.

La simple fidelidad a la verdad es lo que da al mártirio su valor eterno. En el progreso de la libertad del pensamiento, sea cual fuere a lo que se halle unida la verdad, todos los mártires son nuestros mártires. Ellos murieron para que nosotros pudiéramos ser libres. Católicos romanos y protestantes, cristianos paganos, ortodoxos y heréticos, pueden tomar su parte en esta gloriosa herencia del pasado. «Los ángeles del martirio y de la victoria—dice Mazzini—, son hermanos : ambos extienden sus alas sobre la cuna de la vida futura.»

Ha llegado hasta nosotros una historia del noble ejército de los mártires de los comienzos de la era cristiana. Es la de Pan-

cracio. Había nacido en Frigia, distrito visitado por el apóstol Pablo, en la época en que confirmó las iglesias en Galatia. Pancraccio había sido criado para adorar a Júpiter, mas habiendo muerto su padre, fué puesto bajo la tutela de su tío Dionisio. El tío pasó a establecerse en Roma, en el año 305, para que el huérfano, heredero de una gran fortuna, estuviera cerca de la corte imperial. Bajo el cuidado y la enseñanza del anciano y santo Marcelino, obispo de Roma, fué convertido al cristianismo. Poco después falleció su tío, y el joven, que entonces no tenía más que catorce años, quedó en el mundo con su riqueza, su religión y sin un amigo.

Diocleciano perseguía por aquel tiempo a los cristianos. Se le informó que Pancraccio había sido convertido. Ordenósele que acto seguido se presentara en el palacio de Diocleciano. El Emperador le amenazó con una muerte inmediata si no sacrificaba a Júpiter. El niño respondió que era cristiano, y que estaba dispuesto a morir : «porque Cristo—dijo—, nuestro maestro, inspira al alma de sus servidores, por joven que yo sea, valor para sufrir por su causa.» El emperador no respondió, pero ordenó que se le sacara de la ciudad y se le diera muerte con espada en la vía Aurelia. Allí selló su testimonio con su sangre. Allí permaneció hasta que llegó el alba, cuando una dama cristiana envolvió el cuerpo en finos lienzos y lo llevó a una catacumba próxima, donde lo cubrió con flores frescas, y lo embalsamó con sus lágrimas. Su nombre es recordado todavía por las iglesias erigidas en memoria suya (1).

Los primeros cristianos eran despedazados por las fieras en los circos de Roma, hasta la terminación del siglo tercero. Eran «matados atrozmente para dar un día de fiesta a los romanos». Nada causaba mayor satisfacción al pueblo romano que el combate de fieras, el destrozo de los cristianos y el mortal combate de los gladiadores. Esos mismos placeres—por decirlo así—prevalecían en todo el Imperio romano. Dondequiera que se establecían, se fundaba un anfiteatro. El único que tenemos en Inglaterra está en Richborough, en Kent. En Treves, capital del Imperio romano al norte de los Alpes, se encuentran muchas grandes ruinas romanas. Entre otras hay un anfiteatro cortado en la roca, con capacidad para acomodar miles de espectadores. En el año 306, obsequió Constantino a sus súbditos con una exhibición de *diversiones francas*, las cuales consistían en exponer a muchos miles de prisioneros francos desarmados para que

(1) Dícese de San Juan de Letrán, en Roma : «Esta es la cabeza y madre de todas las iglesias cristianas, si se exceptúa la de San Pancraccio, bajo Highgate, en las cercanías de Londres.» El sello común de la parroquia de San Pancraccio representa a un santo joven hollando la superstición pagana. En Inglaterra hay siete iglesias de San Pancraccio, y muchas otras en Italia y en Francia.

fueran destrozados por las fieras. Los animales se hartaron la matanza, y *motu proprio* abandonaron su obra de destrucción. Los que sobrevivieron fueron obligados a combatir entre sí como gladiadores. Pero, en vez de hacer esto, chasquearon a los espectadores arrojándose voluntariamente sobre sus espadas vez de luchar por la vida. En el mismo año fueron sacrificados bárbaramente millares de los *Brueteri*, para divertir al pueblo. El arruinado anfiteatro, así como las cuevas o celdas de las arenas, todavía se pueden ver.

Existen aún en Francia muchos de los anfiteatros romanos aunque varios de ellos han sido explotados como canteras. Los de Nimes y Arlés son los más grandes; siendo tan vasto el último, que los romanos construyeron cuatro castillos en la muralla exterior, en tanto defendían la plaza contra los francos. El de Verona está casi completo, y se le conserva cuidadosamente. Pero el anfiteatro más grande es el Coliseo de Roma, que es capaz de contener a 87,000 espectadores. La tradición de la Iglesia nos dice que fué diseñado por Gaudencio, arquitecto mártir; y se dice asimismo que muchos miles de judíos cautivos traídos por Tito desde Jerusalén, fueron empleados en su construcción. En la inauguración del edificio por Tito, fueron matados en la arena 5,000 animales. Hace poco tiempo se han encontrado en las bóvedas subterráneas los huesos de algunas fieras como leones y tigres.

En los días de los grandes espectáculos en el Coliseo, celebraba fiesta toda Roma; los hombres, las mujeres y los niños se reunían para presenciar los sangrientos espectáculos. Allí estaban los magistrados y senadores, los funcionarios del Estado, los nobles, la masa del pueblo, y hasta las vírgenes vestales, presenciando todo por el Emperador. Los gladiadores marchaban hacia el frente del Emperador, gritando: *Ave, Cæsar, morituri te salutant*. Los animales salvajes comenzaban la lucha, y seguían los gladiadores. El espectáculo continuaba hasta la noche, cuando ya estaban ebrios de matanza los espectadores.

Continuaron estos espectáculos hasta que Roma fué cristiana nominalmente. Mas, por último, por el año 400, lamentando los carnavales sangrientos, un ermitaño anciano decidió intervenir, aunque lo hizo a costa de su pobre cuerpo. ¿Qué era su vida comparada con la supresión de estos horribles crímenes? Hasta el nombre de este mártir es ignorado. Unos dicen que era Alimaco, y otros que era Telémaco. No importa; su valor y su sacrificio de manifiesto lo que valía. Había venido del lejano Oriente, nadie lo conocía, y nadie le conocía. Corría la noticia de que iba a haber un combate de gladiadores en el circo. Toda Roma se reunió allí. Entró él con la muchedumbre, con su corazón

suelto para su propósito. Los gladiadores penetraron en la arena con afiladas lanzas y espadas; debía ser un duelo a muerte. Cuando se aproximaban, saltó el anciano por encima del muro, y se arrojó entre los gladiadores que iban a principiar el combate. Los conjuró a que cesaran de derramar sangre inocente. Fuertes clamores, gritos, aullidos surgieron por todas partes: «¡ Afuera, afuera el viejo! » No, él no quería salir. Los gladiadores le hicieron a un lado, y avanzaron al ataque. El anciano volvió a colocarse entre las afiladas espadas y les prohibía que vertieran sangre. «¡ En tierra con él! » gritó el pueblo. El prefecto dió su consentimiento. Los gladiadores le mataron, y avanzaron sobre su cadáver.

No fué inútil su muerte. El pueblo principió a pensar sobre lo que había hecho. Habían destruido a un hombre santo, que había dado su vida como una protesta contra su sed de sangre. Sentíanse desazonados por su propia crueldad. Desde el día en que el generoso anciano fué muerto, no hubo más combates en el Coliseo. La muerte del ermitaño era la victoria. Los combates de gladiadores fueron suprimidos por Honorio en 402. No hace mucho tiempo que los restos de este hombre innominado fueron llevados en triunfo alrededor de la arena, y depositados después con todos los honores religiosos en la iglesia de San Clemente, que está cercana.

Roma cayó de su antigua gloria por la corrupción, el libertinaje y la crueldad. La inmoralidad de las personas más elevadas nunca deja de ejercer su depravadora influencia sobre todas las clases de la sociedad. El libertinaje de las costumbres recae en el libertinaje de los principios. Las influencias bajas de la naturaleza humana obtienen el ascendiente, y destruyen la vitalidad moral del carácter. Grecia y Roma cayeron a causa de la inferioridad moral de sus gobernantes y la consiguiente corrupción del pueblo. Roma, la antigua señora del mundo, cayó ante el ataque de las tribus salvajes, que surgieron de los bosques del centro de Europa. Los ricos estaban impregnados de voluptuosidad; los pobres vivían en la miseria y dependían de la caridad. No tenían ánimo para defender a su patria; y en verdad, era mejor que no existiera.

Vino entonces el cristianismo, y reveló a los hombres los verdaderos principios de la religión. San Pablo lo llevó a Roma, como adecuado para la regeneración del mundo. Echó raíces primeramente entre los instruidos pobres. ¿Y por qué? Porque la religión es la explicación del destino humano, la poesía de nuestra vida terrenal, y la consoladora promesa de un porvenir mejor. También comprendió a las mujeres. En Roma estaba la vida de las esposas al arbitrio de sus maridos. Eran simplemente

unas esclavas. El cristianismo las reintegró en la justicia. La primera vez tenían esperanza. Se aseguraron el respeto y el amor de los hombres. «Toda virtud se encuentra en una mujer—dijo un antiguo caballero—; comunican la dignidad, y hacen dignos a los hombres.»

La intemperancia, lo profano y la inmoralidad fueron destruidos por el poder de móviles religiosos que obraban en los hogares de los hombres y de las mujeres individualmente. En ese modo fué disminuído o alejado el deseo de hacer el mal. La religión satisfacía las nobles necesidades de la naturaleza humana. Fué consagrado el día de descanso y aliviada la tarea del trabajador. La iglesia congregaba a sus miembros en las solemnidades, y bajo sus magníficos techos se reunía para su culto religioso toda la población cristiana, sin distinción de clases, porque, ¿no eran todos en presencia de Dios, hombres y mujeres? ¡Qué cuadro tan venturoso! ¡Ojalá hubiera continuado!

¡Ay! El viejo Adán no había sido destruído. No hay edén ninguno en la Naturaleza. Los sacerdotes se transformaron en instrumentos de opresión, en defensores del interés de los mandantes contra los legítimos intereses de todos; participaron de la suerte de aquellos a quienes habían defendido. Hubo diferencias de opiniones acerca de los dogmas religiosos. Lo que los paganos habían hecho con respecto a los primeros cristianos, lo hacían ahora los cristianos con sus contrarios. Encendiéronse nuevamente los fuegos de la persecución, y, como antes, fueron quemados los mártires. Eran necesarios otra vez el valor y el sufrimiento para aquellos que combatían por la verdad; y sufrieron, y murieron con nobleza.

La persecución principió en Italia, se extendió por España, Francia y los Países Bajos. Alemania la resistió. «La voluntad de Dios—decía Lutero—es tener hijos que sean intrépidos, valerosos y generosos, eterna y perfectamente, que nada temen en absoluto, sino que triunfen sobre todas las cosas, y las desprecien por la confianza en su gracia, y que se burlen de los castigos y de la muerte; él desprecia a todos los cobardes, que encuentran perplejos con el temor de todas las cosas, hasta el ruido que produce el roce de una hoja caída.»

«Es admirable—dice M. W. Newman—cómo la religión, bajo una forma cualquiera, ha podido reproducir la crueldad. La Inquisición, establecida luego que el cristianismo ocupó el lugar del paganismo, era un sistema de crueldad deliberada. Durante siglos fué conservada como una institución piadosa, y por siempre será estigmatizada como infame y execrable. Sin embargo,

sus pretensiones estaban fundadas en el nombre de una religión de amor y de dulzura.»

El clero de España, con la ayuda del poder secular, aniquiló la Reforma puramente por la fuerza material. En una sola noche fueron encerrados ochocientos protestantes en los calabozos de Sevilla. En todas partes eran aprehendidos y quemados. Ardían las hogueras en las principales ciudades españolas. Hace poco tiempo que se abrió cerca de Madrid una zanja de desagüe a través de un campo en el cual se quemaba a los protestantes. Los trabajadores extrajeron de allí una capa gruesa de polvo negro y brillante, mezclada con huesos calcinados y carbón. Eran los restos de los que habían perecido por orden de la Iglesia.

¿Y qué ganó España con su espantosa crueldad? Su riqueza la ha abandonado, y el país está casi en bancarrota. El pueblo no está educado y está abandonado. Tan sólo uno de cada ocho sabe leer o escribir. Miran a los sacerdotes como a sus enemigos naturales. La mayor parte son incrédulos declarados. Hasta los sacerdotes son pobres. «Es raro—dice el doctor Lees—pensar que España se hallaba más floreciente bajo el reinado de los monarcas que lo que lo ha sido bajo los mandatarios cristianos. El gobierno era más liberal, más tolerante, más culto: su pueblo era mejor educado, sus tierras mejor cultivadas. Desde que los monarcas fueron expulsados, España ha retrocedido casi incesantemente.»

Felipe II de España fué probablemente el más grande de los hombres perversos que jamás se haya sentado sobre un trono. Sólo es digno de ser comparado con Nerón y Calígula. En su edicto de 1568, sentenciaba a muerte a todo protestante en los Países Bajos. El edicto fracasó porque no había medios bastantes para llevar a cabo su diabólico decreto. Pero su representante, Alba, hizo cuanto pudo. Con la ayuda del consejo de sangre y los oficiales y verdugos de la Santa Inquisición, pudo en ocasiones dar muerte por medio de la tortura a ochocientos seres en una semana. El primero de los crímenes era el protestantismo; el segundo, la riqueza. Por este último motivo eran saqueados y destruídos tanto los católicos como los protestantes. La posesión de propiedad hacía casi imposible la prueba de ortodoxia. Al fin de una media docena de años jactábase Alba de haber ahorcado, ahogado, quemado o decapitado a más de diez mil y ocho mil de sus semejantes. Esto sin tener en cuenta los millares que habían perecido en los sitios y batallas durante la administración de Alba. Sus depredaciones, al igual de sus asesinatos, constituían algo gigantesco.

Pero en Francia era igual que en España. Desde el principio de su adhesión a Roma, saqueó, quemó, decapitó o desterró a to-

dos los que eran contrarios a las opiniones del gran Jerarca mano. Los albigenses fueron asesinados y arrojados a los ríos. Los vaudenses, con la ayuda de Saboya, fueron colgados y quemados en todo el sudeste de Francia y el nordeste de Italia. La persecución y la quema de personas proseguía por toda Francia. Media docena de consejeros luteranos fueron quemados en París para divertir a los grandes de España.

Hubo muchas y nobles excepciones a este loco desenfrenado de persecución. El canciller de l'Hôpital pedía con insistencia a los correligionarios que se adornaran con virtudes y una vida laboriosa, y que atacaran a sus adversarios con las armas de la caridad, la oración, y la persuasión. «Prescindamos—decía—de estas diabólicas palabras de nombres de partidos, de facciones y de sediciones; luteranos, hugonotes, papistas; trocadlos por el nombre de cristianos.» Por esto fué llamado ateo el canciller.

Cuando el vizconde Dorte, gobernador de Bayona, recibió una orden de Carlos IX para la matanza de los protestantes allí existían, respondió que había comunicado la carta de Su Majestad a la guarnición y habitantes de la ciudad; pero que entre ellos sólo había podido encontrar soldados valientes y buenos súbditos, y ni un solo verdugo.

Sobrevinieron entonces las matanzas de Voissy y la de San Bartolomé, que fueron repetidas por toda Francia. Por siempre presente, como un esqueleto en una fiesta, permaneció en el pensamiento de todos los protestantes de Europa la matanza de San Bartolomé. Esta y la gran invasión intentada sobre Inglaterra por la armada española de Felipe II, fueron los dos grandes sucesos históricos de la segunda mitad del siglo diez y seis.

No fué mucho más misericordiosa la revocación del edicto de Nantes por Luis XIV. Por su decreto fueron expulsados de Francia todos los protestantes, so pena de «conversión o muerte». Los protestantes nobles, hidalgos, comerciantes, paisanos y artesanos, negáronse a convertirse en hipócritas. No querían conformarse con aquello en que no creían. Los nobles y los pietarios abandonaron sus bienes raíces, renunciaron a sus títulos, y entregaron todo a sus enemigos. Los comerciantes se unieron con los artesanos, y fueron en busca de otros países donde tuvieran libertad para adorar a Dios conforme con sus conciencias, y en donde pudiesen disfrutar en paz los beneficios del trabajo.

No era la muerte lo que les daba miedo. El duque de Maguncia dió en el secreto del carácter de los hugonotes cuando dijo: *Ces gens étaient, de père en fils, apprivoisés à la mort* (1).

(1) Estas gentes se hallaban de padres a hijos preparados para la muerte.

cumbían a millares, por el hacha, por la rueda y por torturas inconcebibles. No pudiendo ser vencidos por medio de la muerte, entregaban sus vidas como un sacrificio realizado en aras del deber. El noble modelo de vida y conducta que hallamos en los grandes jefes hugonotes, no ha sido nunca reproducido en Francia. Es cierto, la nobleza y expansión de alma, y la profunda convicción de los protestantes franceses, creó este tipo elevado de carácter, el primero que puede presentar toda la historia francesa. Mas la historia se ocupa en su mayor parte en los reinados de reyes y de reinas. Se recuerdan los triunfos y las derrotas, pero los perseguidos son olvidados.

Luis XIV y todos sus ejércitos no pudieron dominar la muralla impenetrable de la conciencia. Su política implacable sostuvo una San Bartolomé perpetua en Francia, por espacio de más de sesenta años. ¿Y con qué resultado? Fué burlado y vencido. Dejó a Francia arruinada y agobiada por fuertes contribuciones. Aniquiló el comercio y la agricultura con su destierro de los hugonotes, y dejó a Francia presa de la anarquía, que se manifestó en la revolución de 1789 (1).

«La huida de los hugonotes—dice Michelet en su *Historia de Francia*—fué una acción noble de lealtad y sinceridad. Era el horror a la mentira. Era el respeto por el pensamiento. Es glorioso para la naturaleza humana, que un número tan grande de hombres y mujeres lo hayan sacrificado todo por amor a la verdad, pasado de la riqueza a la pobreza, arriesgado la vida, la familia y todo, en la peligrosa empresa de una huida tan difícil. Algunos ven en estas gentes tan sólo sectarios obstinados; yo veo en ellas personas de elevadas ideas de honor, quienes en todo el mundo demostraron ser lo más selecto de Francia. La divisa estoica que los librepensadores han hecho popular es precisamente la idea que está en el fondo de la emigración protestante, desafiando a la muerte y a las galeras por conservarse dignos y verídicos: *Vitam impendere vero*; la vida sacrificada por la verdad» (2).

Antes de esto ya se habían extendido los fuegos de la persecución hasta Inglaterra y Escocia. Smithfield, en Londres, es-

(1) «Las prisiones en el palacio de los papas en Aviñón—dice el doctor Arnold—, son las cosas más extraordinarias que haya visto en mi vida. En el mismo calabozo estaba el techo aún negro con el humo de los fuegos de la Inquisición, en que los hombres eran atormentados o quemados; y cuando uno mira a través de una puerta de rejas o un calabozo que está más abajo, se ve que aún están señaladas las paredes con la sangre de las víctimas a quienes Jourdan *Coupe-Tête* (Corta Cabezas) arrojaba allí en las célebres matanzas de 1791. Era horrible cosa ver tales rastros de dos grandes y opuestas formas de la flaqueza humana.»

(2) Habiendo publicado ya dos volúmenes sobre este asunto: «Los Hugonotes: sus establecimientos, iglesias, e industrias en Inglaterra e Irlanda», y «Los Hugonotes en Francia, después de la revocación del edicto de Nantes», el autor cree innecesario tratar más extensamente este asunto.

taba frecuentemente iluminado con la quema de protestantes de brujas. Pero los católicos tienen su libro de mártires, lo mismo que los protestantes. Forest, fraile observante, fué condenado a la hoguera por negar la supremacía de Enrique VIII. El fuego era usado por ambas partes. En tiempo de la reina María se hicieron diez veces más frecuentes las ejecuciones por causa de religión de lo que hasta entonces lo habían sido. Juan Rogge, vicario de la iglesia del Santo Sepulcro, fué quemado en la piqueta frente a la torre de su iglesia. Juan Fradford murió abrazado la piqueta y consolando a sus compañeros de martirio. Juan Philpot, arcediano de Wínchester, fué quemado en la misma época. No es necesario mencionar los nombres de Latimer, Cranmer y Ridley. Los grandes espíritus de esa época no eran del mismo temple de los hombres de hoy. Nosotros, que tememos la quemadura de un dedo, nos admiramos de los hombres que no tan sólo eran quemados por su credo, sino que se gloraban de ello. «¿He de desdeñar el sufrimiento de este pobre dijo Philpot—, sabiendo que mi Redentor no rehusó padecer por mí la más vil muerte sobre la cruz?»

La persecución que se hacía con motivo de casos de conciencia, se extendió hasta el reinado de Carlos II. Guillermo Penn ha dicho: «desde la restauración del difunto rey, han sido arruinadas como 15.000 familias, y más de 5.000 personas han perecido en prisión por cuestiones de mera conciencia hacia Dios. Carlos II, y después de él Jacobo II, extendieron estas persecuciones a Escocia. En los antiguos tiempos católicos no había más que el fuego como el solo medio de tratar a los protestantes. El cardenal Beaton quemó a Jorge Wishart delante del castillo de San Andrés, y mirando desde su ventana, le vió retorcerse en horribles contorsiones con sus propios ojos. En los tiempos protestantes de Carlos y de Jacobo, perseguían los protestantes a los protestantes, a causa de sus diferencias de opinión. Los esbirros de los Estuardos cazaban a los presbiterianos, tiraban sobre ellos, los asesinaban y los colgaban. La consecuencia de esto fué hacer penetrar en sus corazones y sus almas la forma especial de su religión. Eran cosas horribles de sufrir las botas de tormento y los torniquetes para los pulgares pero los pacientes eran valientes y sufridos.

«Conservo como un tesoro—dice Roberto Collyer, de Nueva York—un pequeño cuadro hecho por Millais. Representa una mujer amarrada a un poste, próximo a la ribera. El mar riza sus olas a sus pies. Un buque pasa a toda vela, sin preocuparse de ella ni de su suerte. Aves de rapiña revolotean sobre su cabeza; pero ella no presta atención a las aves, ni al buque, ni al mar. Sus ojos miran con firmeza, y sus pies reposan con vir-

gor, y podéis ver que mira diariamente al cielo, como diciendo a su alma cuán indignos son los sufrimientos del presente comparados con la gloria que le va a ser revelada. Debajo de la pintura está esta leyenda, copiada de la piedra colocada en memoria suya en un antiguo cementerio escocés:

Murdered for owning Christ supreme
Head of His Church, and no more crime
But for not abjuring Presby'try,
Within the sea, tied to a stake,
She suffered for Christ Jesus sake (1).

«Lo conservo como un tesoro, porque cuando lo miro me representa el tipo de una gran hueste de mujeres que velan y esperan, ligadas a su destino, mientras que la marea se arrastra, hacia ellas, pero que se elevan conforme suben las olas, y sobre la cresta de la última y más elevada, son llevadas al tranquilo cielo, y en él oyen el ¡Bien hecho!»

«¿Cuántos años seguidos—dice Sidney Smith—no se procuró compeler a los escoceses para que cambiaran de religión! Caballería, infantería y artillería, y prebendarios armados, fueron enviados en persecución de los sacerdotes presbiterianos, y las congregaciones. Mucha sangre fué derramada, mas con gran sorpresa de los *prelatistas*, no pudieron introducir el libro de Oraciones, ni impedir que ese pueblo metafísico se fuese al cielo por su verdadero camino, en vez de nuestro camino verdadero. Se aplicó el único y verdadero remedio. Se toleró que los escoceses adoraran a Dios conforme a su modo fastidioso, sin pena, castigo o privación. Ningún rayo cayó del cielo; el país no fué arruinado, el mundo no había llegado aún a su fin; los dignatarios que anunciaron todas estas consecuencias están olvidados por completo; y desde entonces ha sido Escocia una fuente cada vez mayor de fuerza para la Gran Bretaña.»

La tolerancia es un descubrimiento reciente. Hemos cesado de quemar hombres, ahora es preciso persuadirlos. La época de los martirios, como la de los milagros, ha pasado. Ya no somos arcabuceados, o amarrados al poste, o destrozados vivos sobre la rueda, como se hacía en tiempos pasados; y con todo, sufrimos por el aislamiento, por la falsa representación, por el ridículo y por el reproche. El valor es tan preciso como siempre para aquellos que quieren mantenerse dentro de la rectitud de conciencia innata por la verdad. En estos tiempos de indiferentismo es todavía más difícil que ser consecuente con las más superiores leyes e institutos puros, de lo que lo era en las épocas del mar-

(1) «Asesinada por reconocer a Jesucristo como jefe supremo de su Iglesia, y no por otro crimen. Mas por no reconocer prelación, y por no abjurar el presbiterianismo, padeció por amor a Jesucristo, cerca del mar, atada a un poste.»

tirio. «La persecución activa y los castigos feroces—dice un ilustre escritor—constituyen un tónico para los nervios; pero la mera convicción que a nadie importa, de la cual nadie ha caso, que no hay humanidad que honre, ni ninguna divinidad que sienta misericordia, es más destructora que todo esfuerzo, más elevada que cualquier conflicto con la tiranía o con barbarie.»

Pero, ¿hemos abandonado en realidad nuestras ideas con respecto a la dignidad de la persecución? En estos tiempos la libertad de imprimir y de publicar; y los hombres ponen de manifiesto sus pensamientos en la prensa pública. ¿Qué debemos pensar de esta sentencia que ha aparecido hace poco en un periódico de Londres? : «Atendiendo al fin para que ha sido creado el hombre y el objeto de la sociedad civil, son insignificantes crímenes el asesinato y el robo; y la propagación de enfermedades epidémicas no tiene importancia ninguna comparada con el crimen que ejecutaron Lutero y Calvino cuando se sublevaron contra la Iglesia.» Esta sentencia habría sido aprobada por los perpetradores de la matanza de San Bartolomé y por todos aquellos que quemaron y decapitaron los miles de hombres que conservaron fieles a sus credos religiosos. Pero esto ya no es posible. Nuestros antecesores nos han legado la inapreciable herencia de un estado libre, ganada con la vida de algunos de los hombres más nobles que nunca hayan existido, y sería culpa nuestra si estimuláramos este revoltoso llamado a la intolerancia por parte de aquellos que difieren de nosotros. Hasta los jesuitas, de igual modo que los hugonotes, han sido desterrados de Francia, y tienen libertad, como todas las personas persiguídas, para vivir bajo la protección de Inglaterra. Mas tiene que respetar estas leyes y la tolerancia del país que los protege.

Guillermo Penn opinaba que no había mayor error que suponer que un país o un pueblo adquiriría más fuerza cuando todos tenían una sola opinión, ya fuese en la doctrina religiosa o en las prácticas religiosas, y que la diversidad de opiniones, de credos y de prácticas, constituía una fuerza para un pueblo para un gobierno, si todos fueran tolerados igualmente. La individualidad tiene que ser sostenida, porque sin individualidad no puede existir libertad. La individualidad tiene que ser tratada con cariño y respetada como la raíz de todo lo bueno. «Hasta el mismo despotismo no produce sus peores efectos—dice Juan Stuart Mill—, en tanto que en él exista la individualidad y cualquier cosa que destruya la individualidad es despotismo cualquiera que sea el nombre que se le dé, y ya sea que persiga el cumplimiento forzoso de la voluntad de Dios o los preceptos de los hombres.»

Jeremías Taylor da fin a su apología de la tolerancia cristiana con un apólogo oriental. Estaba Abrahán sentado a la puerta de su tienda, cuando se le apareció un anciano encorvado que se apoyaba en su bastón. Abrahán le invitó a que entrara en su tienda, y le sirvió de comer, y notando que no invocaba la gracia, le preguntó por qué no adoraba al Dios del cielo. «Sólo adoro el fuego y no reconozco otro Dios.» Enojóse Abrahán y arrojó fuera de su tienda al anciano. Entonces llamó Dios a Abrahán y le preguntó dónde estaba el extranjero. «Le arrojé de aquí porque no te adoraba.» Dios le respondió: «Yo lo he sufrido cien años, aunque me deshonraba, ¿y tú no has querido soportarle una sola noche?» Después de esto—dice la leyenda—, lo volvió a traer Abrahán, le agasajó con su hospitalidad y le dio sabias instrucciones.

Hasta los grandes hombres que han trabajado por el progreso de la ciencia han sufrido los peligros del martirio. En tiempos anteriores apenas si hubo un gran descubrimiento en la astronomía, en la historia natural o en las ciencias físicas, que no fuera considerado como una causa en favor de la herejía. Bruno fué quemado vivo en Roma por exponer la filosofía falsa pero de moda en su tiempo. ¡ Los discípulos de Copérnico fueron estigmatizados como heréticos! Luego que Lipperley, de Middleburgo, en Holanda, hubo inventado el telescopio, adoptó la idea Galileo, y construyó un telescopio para sí, con el que subió a la torre de San Marcos, en Venecia, para observar los cuerpos celestes. Lo dirigió hacia los planetas y las estrellas fijas, que examinó con «increíble encanto». Descubrió los satélites, y anillos de Júpiter, las fases de Venus y las manchas del sol. Anotó escrupulosamente las revelaciones que le venían directamente del firmamento. Continuó sus observaciones, y durante su vida descubrió más de lo que podrá hacerlo cualquier astrónomo futuro.

Pero todo esto se hallaba en desacuerdo con las ideas de su época. La Inquisición se encargó de arreglar la ciencia astronómica. Galileo fué llamado a Roma y citado ante los inquisidores para responder de las doctrinas heréticas que había publicado. Obligósele a renunciar a sus opiniones; tuvo que declarar que abandonaba la teoría de la rotación de la tierra alrededor del sol. La Inquisición incluyó en el *Index* las obras de Galileo, de Képler y de Copérnico. Galileo se volvió a animar y publicó una nueva obra, en forma de diálogo, defendiendo sus doctrinas. Fué llamado ante la Inquisición y obligado de rodillas a renunciar y a abjurar a su glorioso descubrimiento. Galileo carecía del valor de sus opiniones. Mas era un anciano de setenta años cuando renegó de sus creencias. Galileo no habría sido perseguido si se le

hubiera podido refutar. No obstante, subsistió la verdad, y los hombres fueron puestos en la verdadera senda de observación para todos los siglos futuros.

De su condenación dijo Pascal: «En vano habéis (los jesuitas) procurado contra Galileo un decreto de Roma, condenando su opinión sobre el movimiento de la tierra. Es evidente que nunca probará que está quieta; y si nosotros tenemos pruebas inequívocas que demuestran que gira, ni toda la humanidad entera impediría que gire, ni asimismo podrá impedirse girar con ella.» La verdad podrá estar mucho tiempo oculta debajo de la tierra, pero es seguro que al fin se abrirá paso hasta la superficie, y en proporción a los obstáculos que halle y al tiempo de su lucha, están la extensión y la seguridad de su triunfo.

La vida de Képler fué tan triste como la de Galileo. Cuando aún era un pobre muchacho, fué admitido en la escuela del monasterio de Maulbroon y llegó a ser un sabio. Admitió la cátedra astronómica de Gratz, en Estiria, y se dedicó al estudio de las planetas. Después fué nombrado matemático del emperador, aunque su sueldo era insuficiente para mantenerse y para el sustento de su familia. En Lintz fué excomulgado por los católicos romanos con motivo de algunas opiniones que había emitido respecto a la transubstanciación. «Juzgad—decía a Hofmann—qué ayuda puedo prestaros en un lugar donde el sacerdote y el inspector de escuela se han unido para manchar mi reputación con el estigma público de herejía, porque en toda cuestión tomo el lado que creo conforme con la voluntad de Dios.»

Ofreciósele entonces a Képler la cátedra de matemáticas de Bolonia, pero rehusó, teniendo presente la retractación y condena de Galileo. «Podría aumentar considerablemente mi fortuna—decía—; pero, viviendo cual alemán entre alemanes, estoy acostumbrado a una libertad de palabra y de proceder que si perseverara en ella en Bolonia, me atraería, si no un peligro cuando menos notoriedad, y podría exponerme a la sospecha de maldad del partido.»

En 1619 descubrió Képler la célebre ley que vivirá eternamente en la historia de la ciencia, «que los cuadrados de los tiempos periódicos de los planetas son entre sí lo que los cubos de sus distancias.» Reconoció con entusiasta júbilo la verdad absoluta de un principio que por espacio de diez y siete años había sido objeto de sus incesantes trabajos. «El dado está tirado—exclamó—, el libro está escrito para ser leído ahora y por la posteridad; me es indiferente que sea ahora o después. Bien puede esperar un siglo para encontrar un lector, como Dios ha esperado seis mil años para hallar un observador.»

El siguiente libro que Képler dió al público, *El Epítome de*

la *Astronomía de Copérnico*, fué condenado en Roma y puesto en el *Index*. Al mismo tiempo fué sorprendido por una aflicción mucho mayor. Su madre, de sesenta y nueve años de edad, fué arrojada a una prisión, condenada a sufrir el tormento, e iba a ser quemada como bruja. Képler voló a su socorro, y llegó a su hogar en Suabia a tiempo para salvarla de otros castigos posteriores. Mas sobrevinieron otras calamidades. Los Estados de Estiria ordenaron que fueran quemados públicamente todos los ejemplares de su Almanaque para 1624. Su biblioteca fué sellada por mandato de los jesuitas, y él obligado a salir de Lintz a causa de la insurrección popular que existía entonces. Fuése a Sagan, en Silesia, bajo la protección de Alberto Wallenstein, duque de Friedland, y al poco tiempo murió de una enfermedad del cerebro, resultado de su excesivo estudio.

El mismo Colón puede ser considerado desde el punto de vista del martirio. Sacrificó su existencia al descubrimiento de un nuevo mundo. El pobre hijo del cardador de lana de Génova tuvo que luchar por largo tiempo y sin éxito con las miserables condiciones precisas para la realización de su idea. Se atrevía a creer por fundamentos que satisfacían su razón, en los cuales el mundo no sólo no creía, sino que se mofaba y escarneaba. Opinaba que la tierra era redonda, mientras el mundo creía que era llana como un plato. Creía que todo el círculo de la tierra, fuera del mundo conocido, no podía estar ocupado solamente por el mar; sino que la probabilidad era que continentes de tierra estuviesen contenidos en él. Era sin duda una probabilidad; pero las más nobles cualidades del alma se ponen de manifiesto por la fuerza de las probabilidades que aparecen insignificantes a espíritus menos atrevidos. En la opinión de sus compatriotas, pocas cosas había menos probables que el que Colón pudiera sobrevivir a los peligros de mares ignotos, y desembarcar en las costas de un nuevo hemisferio.

Colón era no solamente un héroe práctico, sino que lo era también intelectual. Fué de un Estado a otro, insistiendo con los reyes y emperadores para que emprendieran la primera visita de un modo que su instruido espíritu ya entreveía en los lejanos mares. Primero vió a sus compatriotas en Génova, pero no halló quien le quisiera ayudar. Marchó entonces a Portugal, y presentó su proyecto a Juan II, quien lo sometió a su consejo. Fué rechazado como extravagante y quimérico. No obstante, el rey trató de robar la idea de Colón. Fué enviada una escuadra en la dirección indicada por el navegante, pero contrariada por tormentas y borrascas, volvió a Lisboa después de cuatro días de viaje.

Colón regresó a Génova, y renovó de nuevo sus proposiciones

a la república, pero sin éxito. Nada le desanimaba. El hallazgo del nuevo mundo era el irrevocable propósito de su vida. Partió a España y desembarcó en el pueblo de Palos, en Andalucía. Llegóse casualmente a un convento de frailes franciscanos, llamó a la puerta y pidió un poco de pan y agua. El prior recibió con agrado al visitante, le hospedó, y conoció por él la historia de su vida. Le animó en sus esperanzas, y le proporcionó ser recibido en la corte de España, que estaba entonces en Córdoba. El rey Fernando le acogió bondadosamente, pero antes de tomar una resolución, deseaba someter su proyecto ante un consejo compuesto de los hombres más sabios de Salamanca. Colón tenía que contestar no solamente a los argumentos científicos que se le oponían, sino también a las citas de la Biblia. El clero español declaró que la teoría de los antipodas era contraria a la fe. La tierra—decían—era un inmenso disco plano; y si existiera un nuevo mundo más allá del Océano, entonces no podrían descender todos los hombres de Adán. Colón fué despedido por considerársele loco.

Fijo constantemente en su idea, escribió al rey de Inglaterra y al rey de Francia, a ambos sin resultado ninguno. Por fin, en 1492, fué presentado Colón a la reina Isabel de España, por Luis de San Angel. Los amigos que le acompañaban defendieron su causa con tal energía y convicción, que la reina accedió a sus deseos, y prometió hacerse cargo de la empresa propuesta. Fué aprontada una escuadrilla de tres carabelas, de las cuales una solamente tenía cubierta, y Colón se hizo a la vela en el puerto de Palos el día 3 de Agosto de 1492. Después de su larga lucha contra la ignorancia de los hombres, tenía ahora que combatir contra las supersticiones de los marinos. Tuvo que sostener una larga y penosa lucha. Los mares desconocidos, sus peligros, el temor de que el hambre los acosara, el disgusto abrumador del silencio del vigía, los repetidos chascos de su esperanza de ver tierras, se transformaban a veces en verdaderos motín, que Colón, siempre lleno de esperanza, tenía el valor de sofocar. Por último, al cabo de setenta días de navegación, descubrió tierra, y Colón puso su planta en la isla de San Salvador. Acto seguido fueron descubiertas Cuba y la Española. Tomó posesión de ellas en nombre del rey y de la reina de España. En esta última isla se construyó un fuerte. Dejose en ella un comandante y algunos hombres, y entonces volvió Colón a España para dar cuenta de su descubrimiento.

Inmenso fué el entusiasmo con que fué recibido; su fama era grande, no solamente en España, sino en todo el mundo. No permaneció mucho tiempo en España. Volvió a salir para América, mas esta vez al mando de catorce carabelas y tres buques

grandes, llevando en todo como 1.200 hombres. Tomó parte en la expedición cierto número de nobles. Descubriéronse en esta ocasión Guadalupe y Jamaica, y fueron exploradas Santo Domingo y Cuba. Pero no aparecía el fabuloso oro que esperaban encontrar los nobles. Formáronse facciones que acabaron en sangre. En vano se esforzaba Colón en reanimar el entusiasmo de los tripulantes, pero éstos le miraban con desdén y como autor de su misma desdicha.

Colón volvió por segunda vez a España, pero no tuvo la entusiasta acogida que la vez anterior. Los soberanos españoles le recibieron con interés, pero con alguna frialdad. Vió que se levantaban contra él celos bajos y envidiosos de parte de los cortesanos. No obstante, se emprendió otra expedición. Seis grandes buques volvieron a llevar a Colón y sus compañeros al Nuevo Mundo. En esta ocasión fué descubierta la tierra firme de América y otras islas en el mar Caribe. A todo esto se habían sublevado los naturales de Santo Domingo contra los españoles, quienes los trataban con gran crueldad. También combatieron entre sí los colonos españoles, y se hacían guerra incesante unos a otros. Muy afligido Colón por estos hechos, despachó mensajeros al rey de España, deseando que le mandara a Santo Domingo un magistrado y un juez.

Por instigación de algunos celosos y hostiles miembros de la Corte, envió el rey a don Francisco de Bobadilla, provisto de poderes plenos y nombrado gobernador del Nuevo Mundo. No fué un juez, sino un verdugo. Lo primero que llevó a cabo al pisar la tierra fué poner grillos a Colón y a sus dos hermanos. Comisionó a Alonso de Villego para conducir a los hermanos a España. Colón fué cargado de cadenas como un criminal, y puesto a bordo de un buque. Durante la travesía se compadeció Villego de la suerte del gran navegante, y le propuso quitarle las cadenas. «¡No!—exclamó Colón—, quiero conservarlas como un recuerdo de la recompensa dada a mis servicios.» «Estas cadenas—dijo su hijo Fernando—las he visto muchas veces en el gabinete de mi padre, quien dispuso que a su muerte fueran enterradas con él.»

Al regresar el buque a España, avergonzados el rey y la reina de la conducta de Bobadilla, ordenaron que los presos fueran puestos en libertad. Colón se hallaba disgustado con el trato que le daban. «La sociedad—dijo—me ha entregado a mil conflictos, y a todos he resistido hasta hoy; no me podía defender, ni con armas ni con la prudencia. ¡Cuán bárbaramente me han tratado en todo!»

No obstante, su espíritu vehemente y misteriosamente ilustrado, continuaba cavilando sobre el inmenso Océano. Obtuvo